

# El río o la montaña

Por Máximo Fraile Escrich

Nacer cerca de un río nos ha ocurrido a muchas personas. Y al menos a mi me marcó una impronta de atracción y respeto a la vez, durante toda mi vida. En Villanueva, como en el resto de municipios, con excepciones que han sido de monte y río, nos hemos decantado por uno o por otro. Yo he sido de río

Era muy difícil evitar su influencia: en invierno viendo los friegos de las truchas y con las grandes heladas paseando, que no patinando, por encima del hielo. Cuando venía la primavera, era un espectáculo ver al Iregua bajar majestuoso de caudal pero con unas aguas limpias y cristalinas. En aquellos años, en los que el campo de fútbol municipal eran Las Eras y, como ahora en la tele, había partido oficial todas las tardes, con balones "Yes", era rara la tarde en que no acabamos corriendo por la ribera del río, primero hasta el molino y luego hasta la fabrica quemada para intentar recuperar los balones en alguno de los remansos del río. En verano, como no había embalse en Pajares, el caudal por encima de la desembocadura del río Albercos, río Santos para nosotros los de Villanueva, era escaso, el agua estaba templada, podíamos bañarnos y además cruzarlo saltando de piedra en piedra. El otoño era la época de ir a las riberas a coger avellanas y de paso algún que otro cangrejo por la zona de La Araña que entonces tenía todos sus huertos cultivados.

Es imposible sustraerse a la influencia del río: la atracción hipnótica que atrapa la mirada hacia su discurrir en una suerte de raptó atemporal, de embeleso sanador, ya sea con los reflejos de los rayos de sol, o con la aparición de la silueta de alguna trucha.

Mis primeros recuerdos de acercarme al río son dos: cuando todavía no había red de distribución de agua en las casas, y como el molino y el río están mas cerca que el lavadero, recuerdo haber bajado a ver lavar en el río a mi madre y seguir la senda del canal que

entonces llevaba agua al molino, pues también recuerdo bajar con mi padre o mi tío Félix a dejar o recoger sacos de grano que Epifanio y su hijo José molían aun con la energía que producía el agua al pasar. Pero decía que recuerdo recorrer la senda del canal porque no resultaba raro en aquellos años ver truchas dentro de ese canal abastecido gracias a la presa de la cual aun quedan restos debajo de Las Eras. El segundo recuerdo mas temprano del río, viene de los primeros baños en las Culebrillas y en la entonces toma de la presa de la fabrica del tío Manuel, de la mano de mis hermanas, especialmente de Toñi, con la que pronto aprendía a nadar, con ella y sus amigas M<sup>a</sup> Tere o Rosa Mari. Estoy hablando de los años previos a la gran riada, la que cambio de forma brusca el cauce del río, se llevó aquella toma para la fabrica del tío Manuel, que tenía una altura no menor a los 2 o 3 metros, y que hizo que el agua entrase en el frontón y se viese desde la muralla justo al lado de la entrada de los huertos de debajo de de la muralla, y por supuesto inundando completamente el molino. En el archivo municipal de Villanueva hay una carpeta con el título "Relación de bienes más afectados en la avenida del río Iregua en Villanueva de Cameros el 16 de noviembre de 1967" Esa riada, es uno de los motivos del respeto que impone siempre

el río.

Hace algo más de un año, hablando de la escasez de truchas, peces o cangrejos en el río, el amigo Fernando Domínguez, me decía que hemos convertido al Iregua en un gran canal para distribuir el agua habiendo eliminado buena parte de su fauna. Ciertamente, aun me vienen a la cabeza algunas ocasiones en que se cortaba de forma brusca el agua del embalse de Ortigosa y bajábamos a la orilla debajo de la Eras y en los pozos que habían quedado aislados cogíamos bermejuelas, lampreas e incluso cangrejos. En la zona de la Pilatoba eran muy abundantes las lampreas que cogíamos con los pañuelos anudados en sus cuatro esquinas y sujetados con ambas manos, colocándolos delante de la lamprea, y o bien un segundo pescador le empujaba por la cola, o bien soltábamos un dedo para incitar a la lamprea a que se adentrase en el pañuelo para levantarlo y cogerla.

Reconozco mi afición a practicar, de vez en cuando, la pesca a mano de las truchas debajo de las piedras. Aprendí, con su sobrino José Miguel, de Miguel García por la zona de los huertos de La Araña, encima de los Vallejuelos, y también de los consejos que su primo Félix, de Montenegro, le había dado a Miguel Ángel de Pablo. Una práctica bastante peligrosa, pero por ello también atractiva y excitante en los años jóvenes, era la de intentar pescar las truchas debajo de las piedras, no ya en la orilla y donde cubre poco, con

lo que tienes tiempo de irte haciendo el hueco o tapando las salidas a la trucha, sino en el fondo del pozo de las culebrillas, teniendo que hacerlo en el tiempo que aguantas la respiración, y con el riesgo de que, si se mueve la piedra y te pilla la mano, no lo contabas. No fueron muchas, pero sí recuerdo haber puesto a prueba mis pulmones y la agilidad de las manos para capturar la trucha. La llegada del embalse de Pajares, e incluso antes, la

llegada de las piscinas, fue acabando con la afición a los baños en el río, pero estos años atrás he mantenido el placer de bañarme al menos una vez al año en una poza que se forma en Ezcaray, en la convicción de que quien aguanta un baño, en esas aguas, o en las del Achichuelo, durante 5 minutos, es seguro que no va a sufrir un infarto durante todo el año próximo, si no lo sufre al meterse en esas aguas tan frescas

Y voy a dejar aquí este primer acercamiento a los recuerdos del río, en una próxima aproximación, si el redactor jefe de la revista lo considera oportuno, recordaremos las experiencias buscando las cucharillas que dejaban los pescadores y acabaríamos la trilogía con los recuerdos de los días de pesca con caña



Fotografía:

*Unos ramilletes de truchas pintadas en la fachada de una casa hace más de cien años dan fe de la importancia de este pez en el río que pasa a sus pies.*